

OPINIÓN

Produce cierto desasosiego escuchar en boca de políticos recién incorporados a las instituciones representativas apelaciones a la calle como el ámbito donde han de dirimirse cuestiones políticas fundamentales del país. La calle sería la tribuna del pueblo y ellos sus exégetas privilegiados. En democracia la toma de decisiones es lenta y tediosa por definición; en ausencia de mayorías suficientes resulta además imprescindible entretejer compromisos con quienes piensan de forma diferente. Para acortar los tiempos no habría nada —postulan entre líneas los valedores de esta apuesta posdemocrática de la política— como tomar el pulso a la ciudadanía reunida en la esfera pública y acceder así a su voluntad, o mejor a la voluntad de un pueblo del que esos mismos políticos se apresuran a erigirse en valedores; el resto de representantes no serían más que traidores a los intereses de una mayoría que, por cierto, no les ha concedido la gracia de su voto en las elecciones. Sí, hablamos de Podemos.

La política de calle es un aditivo oxigenante y necesario de toda democracia, excepción hecha, claro está, de aquellos casos en que se utiliza la movilización a modo de ariete para agitar causas atentatorias contra los derechos de colectivos sociales como inmigrantes o refugiados, por traer a colación ejemplos de actualidad en la Europa de hoy. La democracia se nutre de la crítica y de la confrontación entre ideas diferentes, y la calle es un espacio de expresión por quienes no encuentran mejor manera de hacer llegar sus propuestas a las autoridades y a la opinión pública. En fin, que en una política democrática la protesta social es un complemento a los partidos políticos que tienen encomendada la tarea de servir de correa de transmisión y de llevar a la esfera institucional inquietudes sociales de interés general.

El primer ministro turco Erdogan espetó a sus contrincantes en la nominación presidencial de

Pueblo, calle, Podemos

JESÚS CASQUETE

su partido en 2014: “Nosotros somos el pueblo, ¿quiénes sois vosotros?”. Donald Trump presentó sus credenciales al sostener que “lo único que importa es la unidad del pueblo, el resto de la gente no cuenta”. Hace no tanto, Pablo Iglesias inauguró una campaña de su partido presidida por una idea: “Cuando el cambio no lo hace la institución, lo hace el pueblo”. Tan diferentes como

Los populismos de derechas y de izquierdas ignoran que las sociedades son plurales

son en sus planteamientos, los populismos de derechas y de izquierdas coinciden en hacer como si el pluralismo social no fuera con sus sociedades. Cuando evocan al pueblo, en realidad se refieren a su concepción del pueblo, obviando que en una democracia el pueblo siempre se declina en plural.

La calle en una sociedad libre es un criadero de cacofonías don-

de se da pábulo a causas que hacen avanzar la emancipación del individuo, pero también a otras que conculcan sus derechos de la manera más obscena, incluidas causas de infausto recuerdo. En los años que precedieron a la toma nazi del poder en enero de 1933, las Tropas de Asalto libraron en las calles una guerra a muerte contra sus enemigos izquierdistas. Su libro de cabecera llevaba por título *La lucha por la calle*, y lo firmaba Goebbels.

En ningún sitio está escrito que quienes ocupan la esfera pública lo hagan en nombre de derechos y libertades conquistados tras largas y sacrificadas luchas sociales, ni tampoco que avancen en la conquista de otros nuevos. En la Europa de nuestros días pocos temas agitan con tanta virulencia las emociones de sectores de su ciudadanía como la inmigración y la supuesta pérdida de las *esencias nacionales*. Convocados por la organización xenófoba y extremista de derecha Pegida, miles de ciudadanos alemanes se concentran periódicamente desde 2014 “contra el islamismo, el uso fraudulento del asilo y la extranjerización provocada por la inmigración masiva que tiene su raíz en la pobreza”, bajo el eslogan de “nosotros somos el pueblo”.

En la ciudad democrática hay avenidas de doble sentido. Por uno puede desfilar el movimiento de los indignados y las mareas, por el otro los partidarios del derecho a la vida. Son ejemplos de causas diferentes que enriquecen el debate público y complementan la tarea de las instituciones. Pero también hay calles sin salida, y alimentar el choque de legitimidades contraponiendo la calle con el Parlamento es un buen ejemplo de ello. Cuidado, pues, con la calle y con el pueblo.

Jesús Casquete es profesor de la UPV-EHU, *fellow* del Centro de Estudios sobre Antisemitismo (Berlín) y autor de *El poder de la calle* (CEPC) y de *Nazis a pie de calle* (Alianza, en prensa).

ROS



CARTAS AL DIRECTOR

Infancia aniquilada

El pasado 20 de noviembre celebramos el Día Universal del Niño. Para conmemorarlo, en Siria bombardearon un colegio en Alepo, acabando con la vida de 10 pequeños. Los menores heridos fueron derivados a un hospital, donde tampoco se librarán del acoso de la aviación y los barriles de explosivos. Los que no sucumban a la gravedad de sus heridas recibirán el alta, pero nada impedirá que perezcan en el bombardeo de sus hogares, si es que quedan en pie. Su situación no mejoraría en cualquier campo de refugiados de las islas griegas, de sobrevivir al naufragio en aguas del Mediterráneo. Lloramos con Aylan, nos estremecemos con Omran, pero el castigo a los niños no cesa en un dislate estratégico entre coaliciones espurias de potencias militares que se escudan en la lucha contra el terrorismo para

Pacto de progreso en Euskadi

A pesar del razonable susto que le habrá generado a lo que queda del PSOE nacional el apoyo de los socialistas vascos al Gobierno del PNV, es de justicia destacar algunos aspectos. El primero es la moderación de Urkullu y su huida de los independentistas de EH-Bildu y del modelo secesionista catalán, que ya propuso incluso antes de las elecciones. El segundo es la determi-

nación de Idoia Mendia posicionándose a medio camino entre “los que buscan la desconexión con España y los que pretenden la humillación de los nacionalistas”. Y el tercero es que ambos líderes han insistido en que la hoja de ruta para la redacción de un nuevo Estatuto en ocho meses se hará “respetando el ordenamiento jurídico”. Si todo lo anterior es cierto y no se adulte-

ra en los próximos cuatro años, tendremos que aceptar que se trata de un intento de “proyecto plural”, basado en la reactivación económica y el empleo, la protección social, el modelo de autogobierno y la convivencia. Se habría alcanzado entonces el modelo europeo de pacto y reactivado la colaboración entre las dos formaciones políticas que gobernaron eficazmente en el País Vasco entre 1987 y 1998.— **Luis Alberto Rodríguez Arroyo**. Santo Tomás de las Ollas (León).

muerte nunca podrá normalizarse ni justificarse. El lamentable espectáculo del Toro Jubilo ha sido portada en la prensa internacional como algo abominable, nadie entiende cómo se permite aún en España este tipo de tortura animal que incluso a ojos de una persona de la Edad Media resultaría cruel. En definitiva, me pregunto por qué RTVE no comparte la sensibilidad de la mayoría y por qué se obstina en herir esa misma sensibilidad. El Toro Jubilo no cabe ya en nuestra sociedad, se erradicará pese a los que intenten camuflar esa barbarie bajo el manto de las tradiciones.— **Cayetano Ros Sánchez**. Cartagena (Murcia).

justificar el horror y la sangre derramada de miles de inocentes. Desde los pasillos del colegio, Mickey Mouse sonríe como si nada hubiese pasado, esperando las alegres risas de los niños, ahogadas para siempre en un conflicto inútil, pero muy provechoso para los señores de la guerra.— **Carmen Vallejo**. Redonde-la (Pontevedra).

Crueldad medieval

Después de saber que el canal internacional de TVE emitió imágenes del vergonzoso espectáculo de tortura animal que es el Toro Jubilo de Medinaceli (Soria), como si se tratara de un evento normal en unas fiestas de pueblo, me pregunto: ¿qué tipo de profesionales están a car-

go del ente público? ¿Qué tipo de motivación hace que nuestra televisión pública intente normalizar algo que para la gran mayoría de españoles es una auténtica salvajada? El estupor que causa a cualquier persona ver a un pobre animal atormentado por el fuego y el hostigamiento incesante de un pueblo entero hasta la extenuación y

Los textos no deben tener más de 100 palabras (700 caracteres sin espacios). Deben constar nombre y apellidos, ciudad, teléfono y DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, resumirlos o extraerlos. No se dará información sobre estas colaboraciones. **CartasDirector@elpais.es**

Trump hará lo que ha dicho que hará. Solo la realidad, una vez que sus acciones tengan consecuencias, minará su prestigio. El voto latino y afroamericano o la movilización ciudadana influirán también en los resultados electorales futuros

No aprendemos en cabeza ajena

ENRIQUE KRAUZE

Cómo se curan los pueblos del hechizo de un demagogo? ¿Cómo salen de la hipnosis? La única vía, por desgracia, es la experiencia. “Nadie aprende en cabeza ajena”, dice el sabio refrán, que penosamente confirma la historia de los hombres y los pueblos.

Donald Trump llegó a la Casa Blanca debido a Donald Trump. Las causas generales (económicas, sociales, demográficas, étnicas, etc.) que se han aducido no son, a mi juicio, las decisivas. Lo decisivo ha sido la hipnosis que ejerció en un sector muy amplio del electorado estadounidense.

Trump declaró, famosamente, que si asesinara a una persona en la Quinta Avenida, nadie se lo reclamaría. Es verdad. Los medios exhibieron sus probables delitos, su cínica evasión de impuestos, sus múltiples bancarrotas, sus copiosas e inagotables mentiras, su desdén absoluto por los datos objetivos y los hechos comprobados, su desprecio por la dignidad de las mujeres, su burla de los minusválidos, su odio racial a los mexicanos y su intolerancia radical a los musulmanes, su crudo nativismo, sus amenazas contra la libertad de expresión, su mofa de las instituciones, su incommensurable y peligrosísima ignorancia del mundo. Fue inútil. Todo le resbaló. Todo se le perdonó.

“Algo extraordinario está ocurriendo”, decía Trump una y otra vez. A eso precisamente se refería, a su total impunidad, al delirio por su persona, por su personaje. Su *reality show* se había escapado mágicamente de la pantalla hasta ocupar todo el territorio del país a lo largo de más de un año. Ahora podía llevar su exitoso programa *The Apprentice* a la Casa Blanca y despedir a quien le viniera en gana: *you're fired*. Sesenta millones de estadounidenses querían tomarse un *selfie* colectivo con Trump en actos de histeria reminiscentes a los de todos, absolutamente todos, los dictadores de la historia que llegaron al poder por la vía de su carisma, expresado sobre todo a través de la palabra.

Desde ese endiosamiento podrá decir o hacer, por un tiempo, lo que le venga en gana. Gobernará por Twitter. Su destino manifiesto es recobrar el pasado de grandeza (supuestamente) perdido: *Make America great again*. Y no cejará en perseguir ese empeño de acuerdo a las pautas que ha trazado. Quienes crean que hay un Donald Trump anterior al fatídico martes 8 de noviembre y otro después se equivocan. Trump hará lo que ha dicho que hará y solo la realidad, una vez que sus acciones tengan las consecuencias previsibles, minará lentamente su prestigio. Pero ni aun en esa circunstancia se dará por vencido. No está en su carácter, en su psicopatología, en su biografía. Si ocurre culpará a las fuerzas del mal anteriores a él o contemporáneas, responsabilizará a la prensa y los medios liberales, hablará de un complot, fustigará a propios y extraños: hará de su presidencia una campaña permanente, un interminable orgasmo con la multitud que lo adora.

La inmensa mayoría del pueblo alemán —ejemplo paradigmático— rehusó ver de frente el horror que representa-



EVA VÁZQUEZ

La inmensa mayoría del pueblo alemán rehusó ver de frente el horror que representaba Hitler

El populismo es la demagogia en el poder y la demagogia es la tumba de la democracia

ba Hitler y el abismo al que lo precipitaría. Pudiendo detenerlo a tiempo dejó que creciera y culminara su obra de destrucción. Solo después, al contemplar las ciudades arrasadas, al hacer el recuento de los daños, de los muertos, el humo comenzó lentamente a disiparse de la mirada.

Solo con el paso del tiempo el alud irrefutable de los hechos convenció al ciudadano alemán del horror sin precedente que habían alentado. Y décadas más tarde, asumiendo con valentía la culpa histórica de sus antepasados, las generaciones posteriores se han vacunado contra el terrible mal. Hoy Alemania

se ha convertido, paradójicamente, en la vanguardia de la libertad occidental.

En América Latina tampoco aprendemos en cabeza ajena. ¿Cuántos años le ha tomado a Argentina comenzar a calibrar, lenta y penosamente, el engaño histórico del peronismo? No sé si cuando mueran Fidel y Raúl Castro el pueblo cubano reaccionará con el rechazo y la desilusión que merece su fallida y opresiva utopía. Dependerá de la supervivencia de la *nomenclatura* militar y política cubana, que muy bien podría prolongar el mito de la revolución hasta la eternidad.

Pero no tengo duda de que el drama espantoso de Venezuela ha convencido ya a la mayoría de la población del origen de su tragedia. ¿Cómo es posible que siendo el país más rico del mundo en reservas petroleras Venezuela haya descendido a niveles casi haitianos de miseria? No hay más explicación que el carácter dictatorial del régimen, resultado natural de entregar todo el poder a un demagogo.

En México no hemos vivido el populismo. El sistema político mexicano que predominó en el siglo XX era inherentemente corrupto (sus herederos lo siguen siendo), pero no era populista porque el poder presidencial estaba acotado a seis años y recaía en la institución presidencial, no en el carisma del presidente. Eso podría cambiar en 2018: los pueblos no aprenden en cabeza ajena.

Después de sufrir una terrible guerra civil y una larguísima dictadura, España logró una ejemplar transición política hacia la democracia. Ese pacto de civildad y tolerancia fue la inspiración de las transiciones latinoamericanas a la democracia. ¿Cómo es posible que algunos españoles crean ahora en Podemos, el partido populista que trabajó abiertamente para ese sepulturero de la democracia venezolana que fue Chávez? Por la misma razón: ningún pueblo aprende en cabeza ajena.

¿Despertará el ciudadano estadounidense de la hipnosis de Trump? Los pesos y contrapesos, las libertades individuales y, sobre todo, los medios tradicionales de comunicación, en particular los periódicos, harán su parte. Durante la campaña tuvieron un desempeño heroico y ahora (por si no enfrentaran suficientes problemas de supervivencia) les va la vida en hacerlo. Pero si esos medios fueron insuficientes durante la campaña podrían serlo durante los cuatro u ocho años de la presidencia de Trump. El voto latino y afroamericano así como la movilización ciudadana podrían incidir también en los resultados electorales futuros. La presión mundial (en el caso de que cumpla casi cualquiera de sus amenazas) obrará en su contra.

Pero a fin de cuentas solo la constatación del desastre convencerá a los votantes y los librerá de la hipnosis. Y llevará tiempo, quizá mucho tiempo. El populismo es la demagogia en el poder. La demagogia es la tumba de la democracia. Nos espera —parafraseando a Eugene O'Neill— un largo viaje hacia la noche.

Enrique Krauze es escritor y director de la revista *Letras libres*.

Pueblo contra élite: tal es el núcleo esencial del populismo que se reconoce en sus manifestaciones de ahora mismo, de Podemos al Frente Nacional. Es norma también que la encarnación del movimiento corresponda a un líder carismático

El espectro populista

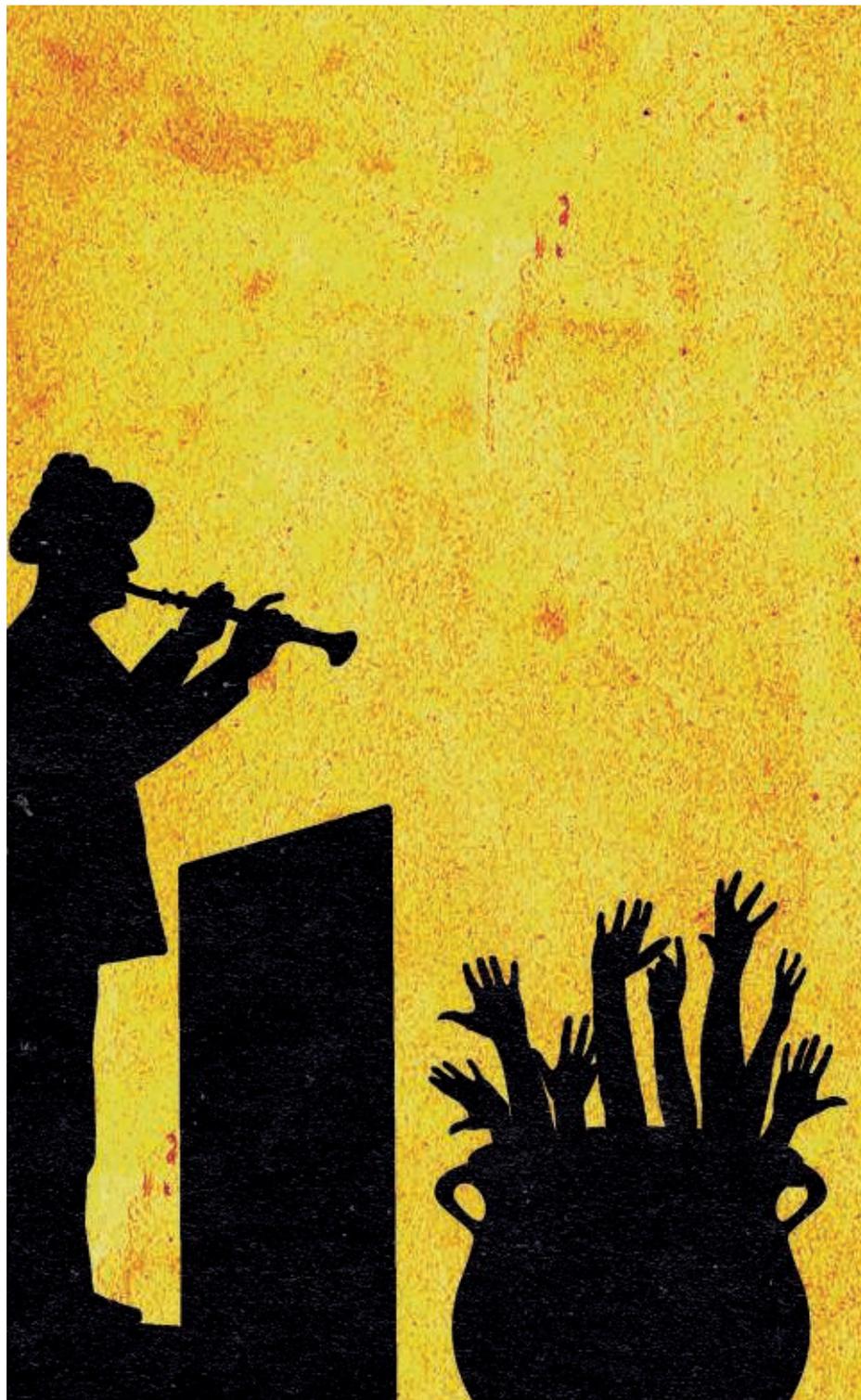
MANUEL ARIAS MALDONADO

Un fantasma recorre el mundo: el fantasma de la confusión terminológica. Ya que si algo llama la atención del auge global del populismo, que ha llevado a Donald Trump a la Casa Blanca y tiene a Marine Le Pen enfilando el Elíseo, es la dificultad que encontramos para definirlo con precisión. Pero saber de qué estamos hablando cuando hablamos de populismo es importante; de otro modo, convertiremos en inútil una categoría decisiva para entender la crisis que atraviesan las democracias occidentales. ¡No sea que, aplicando los remedios inapropiados, terminemos por agravarla! Bien por recurrir habitualmente a mecanismos de decisión tan ineficaces como el referéndum, bien por asimilar —por contaminación atmosférica o estrategia deliberada— los elementos del discurso populista. Es así necesario preguntarse por qué tiene lugar este *revival* tan espectacular como inquietante.

Hay que empezar por aclarar que el populismo no es, como se ha puesto de moda afirmar, la oferta de soluciones sencillas para problemas complejos. Si así fuera, no hay partido político que pudiera sustraerse a semejante acusación. ¿Quién se presentaría a las elecciones prometiendo remedios abstrusos para problemas intratables? Más aún: ¿quién podría ganarlas anunciando subidas de impuestos o reformas dolorosas? En la medida en que la competición electoral requiere persuadir a un público más sentimental que racional, no hay discurso político que no propenda a la simplificación. O sea: a un grado variable de demagogia. Incluso el admirable Obama ganó sus primeras elecciones con un discurso de fuerte contenido afectivo: su *Yes we can* no podía ser menos impreciso ni más eficaz. Hay, claro, diferencias: no todos los actores políticos son demagógicos por igual. Pero no es ahí donde encontraremos la clave que nos permita distinguir al populismo de sus alternativas.

Digámoslo ya: es populista quien despliega un discurso antielitista en nombre del pueblo soberano. En otras palabras, quien sostiene que el pueblo virtuoso ha sido víctima de una élite corrupta que ha secuestrado la voluntad popular. Y lo es, en fin, quien se arroga la potestad de determinar quién pertenece a cada una de esas entidades: quién es gente, quién es casta. De ahí que el contenido de esos contenedores de indudable fuerza simbólica no se encuentre prefijado: entre los enemigos del pueblo pueden contarse empresarios, inmigrantes, periodistas; pero bien pueden ser pueblo, como a menudo sucede en el populismo latinoamericano, las minorías indígenas. De hecho, cualquiera puede transitar entre ambas, del pueblo a la élite y viceversa, si abraza el ideario populista. ¡No solo los significados son flotantes cuando hablamos de populismo! Ahí está el caso *Espinar* para demostrarlo: una conducta dudosa se transforma en “ética” cuando el implicado está en el lado bueno de la divisoria moral.

Pueblo contra élite: tal es el núcleo esencial del populismo, que podemos reconocer en sus principales manifestaciones de ahora mismo, de Podemos al Frente Nacional. Es norma también que la encarnación del movimiento corresponda a un líder carismático que, como ha explicado



RAQUEL MARÍN

Más que una ideología es un estilo político que pueden adoptar actores de izquierda y de derecha

La esfera pública se ha fragmentado en nichos emocionales donde la realidad cuenta poco

con brillantez José Luis Villacañas, es investido afectivamente por sus seguidores con cualidades redentoras. A ello hay que añadir rasgos de estilo que no son exclusivos del populismo, pero lo acompañan casi invariablemente: la provocación, la protesta, la polarización. Más que de una ideología en sentido propio, se trata de un estilo político que pueden adoptar por igual actores de izquierda y derecha. Y que se relaciona ambiguamente con una democracia a la que acompaña, como ha escrito Benjamin Arditi, como un espectro: invocar al pueblo en un régimen político que dice asentarse sobre el “gobierno del pueblo” no deja de tener sentido. Es tirando

de este hilo como podemos encontrar razones que nos ayudan a explicar su auge contemporáneo.

Hay que reparar, sobre todo, en la creciente distancia que media entre el ciudadano y el gobierno de los asuntos colectivos: aunque elegimos representantes, sentimos que estos se encuentran muy lejos de nosotros. ¡Y es verdad! La tecnocratización del Gobierno responde a una creciente complejidad social que el ciudadano, por lo general poco sofisticado políticamente, apenas comprende o no se esfuerza en comprender: el 43% de los votantes norteamericanos pensaba que el índice de desempleo había subido durante los años de Obama, cuando en realidad ha descendido, y la mitad de los españoles no distingue el PIB del IPC. De manera que las democracias, para ser eficaces, no pueden sino reforzar su dimensión aristocrática en detrimento de la popular. Margaret Canovan lo explica muy bien: “La paradoja es que mientras la democracia, con su mensaje de inclusividad, necesita ser comprensible para las masas, la ideología que trata de salvar la brecha entre la gente y la política distorsiona (no puede sino distorsionar) el modo en que la política democrática, inevitablemente, funciona”. En una crisis, cuando el ciudadano siente que las élites le han fallado, se vuelve contra ellas y reclama —espoleado por el líder populista— recuperar su capacidad de decisión directa. ¡Que vote la gente!

Se refuerza así la dimensión plebiscitaria de la democracia, que favorece al líder populista; no digamos si, como sucede con Trump, tratamos con un maestro de la telerrealidad. También contribuyen a ello la crisis de la mediación desencadenada por las nuevas tecnologías y la de los partidos tradicionales. Simultáneamente, las redes sociales intensifican el tribalismo moral y sirven como mecanismos afectivos que expresan identidades antes que razones. Por eso se habla de democracia posfactual: porque la esfera pública se ha fragmentado en nichos emocionales donde la realidad tiene poco que decir. Hasta que la realidad habla, como ha sucedido en Grecia o sucederá en EE UU si Trump aplica políticas proteccionistas. Es interesante constatar también cómo el prestigio cultural del rebelde —el *outsider* enfrentado al sistema canonizado en el cine, la publicidad y los medios de comunicación— contribuye también al éxito del populista, quien a fin de cuentas vende su producto como una insurrección contra el *establishment*. La reforma es conformista, la insubordinación es *sexy*.

¿Tiene futuro el fenómeno populista? No cabe dudarlo, a la vista de un pasado histórico aún no tan lejano. Se da aquí la paradoja de la eficacia: las democracias deben atajar las causas del descontento que hace reaparecer al espectro populista, pero para ello se requieren políticas que ese mismo descontento hace difícil aprobar. Y seguramente las propias democracias liberales hayan de desarrollar su propio repertorio afectivo, para así combatir mejor el de sus enemigos. Pero eso, claro, es más fácil decirlo que lograrlo.

Manuel Arias Maldonado es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad de Málaga. Acaba de publicar *La democracia sentimental* (Página Indómita).

El problema es la miopía del votante, su infantilismo. Reclamamos medidas contra el cambio climático con nuestros radiadores a todo trapo; condenamos el cotilleo y nos abalanzamos sobre las revistas de peluquería, como cuando Clinton y la becaria

¿Democracias para niños?

FÉLIX OVEJERO

No hay que llorar, hay que saber perder". Los informativos deberían abrir con el conocido bolero. Todavía están frescas las insinuaciones de Podemos sobre la manipulación electoral. Como Trump pocos días antes de las elecciones. Descalificaban el reglamento por temor al resultado. Normal. Más inexplicable, descartada la esquizofrenia, resulta la reacción de aquellos que mientras defienden el referéndum en Venezuela reniegan del procedimiento en Colombia, el Reino Unido o Italia.

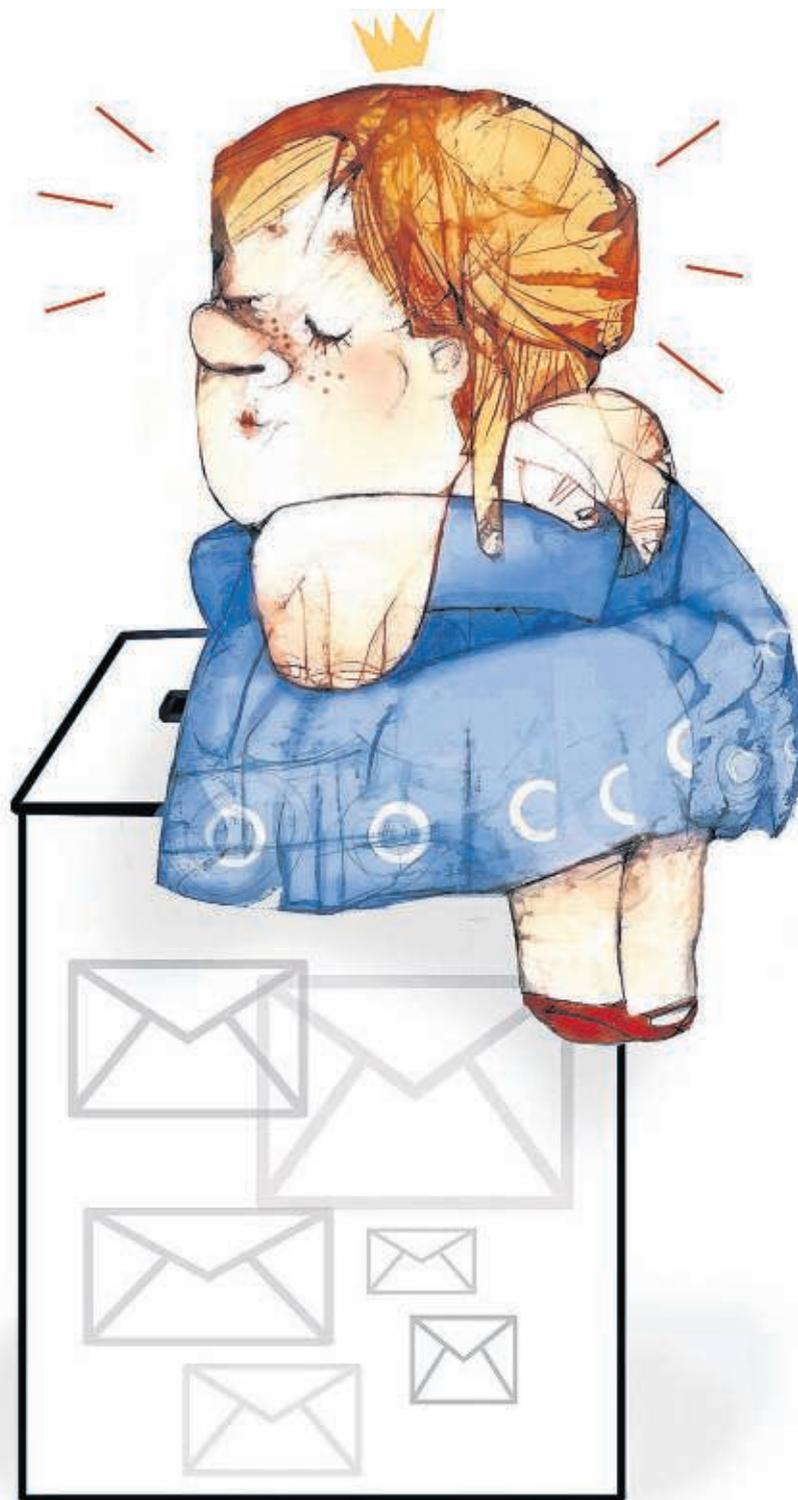
La condena incondicional resulta precipitada. Mediante referendos se aprobó la Constitución y se echó a Pinochet. El problema es su calidad, que depende de cosas como la naturaleza y la claridad de la pregunta, la participación, la previa discusión, etcétera. Obviamente, no resultan legítimos cuando cercenan derechos fundamentales. Unos ciudadanos (hombres, blancos, catalanes) no pueden votar desprovisto a otros (mujeres, negros, otros españoles) de sus derechos de ciudadanía en una parte o en todo el territorio político compartido. Otras veces, pues depende. En realidad, muchos argumentos aducidos contra los referendos descalificarían también a las democracias: toda votación, incluidas las parlamentarias, al final, es dicotómica: sí/no; los parlamentarios padecen sesgos cognitivos o informativos; la manipulación estratégica es una posibilidad y hasta un hábito parlamentario; la incompetencia agregada de los votantes no es inferior a la de los representantes.

Da lo mismo. Porque la desconfianza se extiende a la democracia *tout court*. En foros de Podemos (Plaza Podemos) se ha propuesto reconsiderar el voto de los ancianos. Como en la defensa de la autodeterminación, una vez más en compañía de Hayek: deberían incluirlo entre sus clásicos, con Laclau y demás; al menos, mejoraría el promedio. También en la academia sería circular argumentos antidemocráticos. Brian Caplan, en *The Myth of the Rational Voter*, sostiene que no podemos esperar mucho de unos votantes inevitablemente irracionales, entregados a sesgos que les impiden reconocer cosas como el beneficio del comercio o de la inmigración. Por su parte, Jason Brennan, quizá el "libertario" reciente más vertebrado, en *The Ethics of Voting*, sostiene que, si creemos que la democracia es un método para seleccionar a los mejores gobernantes o las mejores políticas, tal vez debamos reconsiderar el derecho al voto de los ciudadanos con menos luces o virtudes. Recientemente, Ch. Achen y L. Bartels, en *Democracy for Realists*, nos han mostrado que, además de ignorancia, los votantes pecan de inconsistencias ideológicas y de memoria de pez, de que son incapaces de castigar a resultado pasado, retrospectivamente, a los ineptos.

Alguna razón tienen. En *¿Idiotas o ciudadanos?* exploré estas irracionalidades y el dilema al que parecen abocarnos: populismo o tecnocracia. Soluciones se intentan. Instituciones como los tribunales constitucionales o, en otro sentido, los bancos centrales buscan prevenirnos contra lo peor de nosotros mismos, contra decisiones colectivas suicidas: excluir de la competencia democrática —y por ende, proteger— cosas importantes, como derechos o intereses de los ciudadanos futuros. Se trata de soluciones no carentes de problemas: falta de legi-

Como nadie gana elecciones con malas noticias, las burbujas financieras se disimulan

La marca "nación" es un bien posicional; esto es, vale mientras otros carecen de él



EULOGIA MERLE

timidad democrática para quehaceres legislativos que, *de facto*, realizan; permeabilidad a opacos poderes; sesgos comunes a todos los mortales y también a los jueces (Sunstein y otros, *Are Judges Political?*).

Los problemas son muchos, pero hay uno basal: la miopía del votante, su infantilismo. Las criaturas prefieren un caramelo hoy que ciento mañana. Los adultos, poco más o menos: votan contra el impuesto de sucesiones porque les "roban" su casa, descuidando que, en la redistribución, también entra la propiedad del potentado; se quejan de los "extranjeros" en ambulatorios que se sostendrán con el trabajo de los extranjeros; prefieren filtros lingüísticos a

los docentes para evitarse competencia en una universidad prestigiosa que dejará de serlo por ese mismo filtro; reclaman proteger su "industria" fósil ante innovaciones que, renovándose, le permitirán ampliar sus clientes; apoyan la independencia (o los aranceles) para apropiarse en exclusiva de un mercado local que con la independencia se vendrá abajo, con peores proveedores y arruinados clientes. La miopía es solo una variante de la irresponsabilidad más general, esa misma que nos lleva a realizar acciones que condenamos: reclamamos medidas contra el cambio climático con nuestros radiadores a todo trapo; condenamos el cotilleo mientras nos abalanzamos sobre las revistas de peluquería, como sucedía en los días de Clinton y la becaria.

La competencia política agrava la patología. Como nadie gana elecciones paseando malas noticias, las burbujas financieras se disimulan, el nacionalismo nos acerca a las puertas del drama y los desbarajustes ambientales se ahondan. La democracia participa de lo que Taleb llama ingratitud hacia el héroe silencioso: "Todo el mundo sabe que es más necesaria la prevención que el tratamiento, pero pocos son los que premian los actos preventivos". Se reclaman más competencias para la propia autonomía, aunque se sepa que, a medio plazo, los problemas aumentarían, comenzando porque las competencias, generalizadas, se esfuman como poder efectivo. Al final, se vacían de poder las instituciones, las centrales y las locales. En esas circunstancias, la proliferación de "naciones autonómicas" es algo más que simple majadería: la marca "nación" es un bien posicional; esto es, vale mientras otros carecen de él. Además, la miopía encuentra el terreno abonado en el hecho de que los problemas, en su mayoría, no son cuánticos, como la ruptura de un vidrio, en un instante, sino continuos, como se rompe una cuerda fatigada por el roce, como el desgaste del ruido de la vida, como muere el amor. En el entretanto, los ciudadanos optan por el ilusionismo y se culpa por elevación: la casta, el sistema, el heteropatriarcado, los extranjeros, Europa, Madrid... Vamos, a nadie. Rueda el mundo y el que venga que arree.

El reto no es nuevo: diseñar instituciones capaces de compatibilizar calidad de las decisiones con autogobierno, "incluso con un pueblo de criaturas", parafraseando a Kant. Hay propuestas parciales, como el uso del sorteo o el "paternalismo libertario", que propone configurar los escenarios de elección a favor de ciertos resultados. También con problemas. De momento, lo indiscutible es que nuestras democracias alientan el infantilismo. Y, puesto que el mecanismo está diseñado para ocultar problemas u omitir el coste de las soluciones, sin reclamar nada a los ciudadanos, resulta casi indecente reprocharles su miopía. Así las cosas, nadie se puede extrañar de que proliferen los conjuros en una democracia configurada para que los ciudadanos operen como consumidores: siempre tienen razón y deben estar contentos. El populismo, en esas circunstancias, es la regla, no la excepción. Mientras tanto, los retos importantes quedan en espera. No es raro que asome la tentación de limitar la democracia. Tiempo de ingratos dilemas.

Félix Ovejero es profesor de la Universidad de Barcelona.

El buen bulo político triunfa porque tiene las cualidades necesarias para triunfar, convirtiéndose en lo que Richard Dawkins llamó un meme. El meme prende en los seres humanos un poco como los parásitos prenden en nuestra piel

Posverdades

ADOLFO MUÑOZ

A mediados del siglo XVI, Juan Martínez Silíceo, arzobispo de Toledo, escribió la falsa *Carta de los judíos de Constantinopla*, en la que estos, dirigiéndose a los conversos de Zaragoza, les daban consejos: “Haced vuestros hijos clérigos, los cuales con facilidad podrán violar sus templos y profanar sus sacramentos y beneficios”.

Cuando Quevedo escribió *La isla de los monopolos* ya sabía que la *Carta* era una falsificación, pero no por eso dejó de darle crédito: “No estoy tan cierto que les diesen este consejo los judíos de Constantinopla a los de España, como de que los judíos de España le han ejecutado”.

Estas dos obras, origen del mito de la conspiración judía, influyeron probablemente en los *Protocolos de los sabios de Sión* (San Petersburgo, 1902), donde se detallan los planes de una conspiración judeo-comunista-masónica para apoderarse del mundo. En 1921 quedó demostrado que los *Protocolos* eran una falsificación realizada por la policía secreta del zar.

Como en el caso de Quevedo y la *Carta*, Hitler sabía que los *Protocolos* eran falsos, cosa que no les hacía perder fuerza, así que los citó y propagó incansablemente.

También Netanyahu mentía cuando en octubre de 2015 afirmó que Hitler no pretendía exterminar a los judíos, y que fue el gran muftí de Jerusalén, Amin al Husayni, quien en 1941 le convenció de que lo hiciera. Con posterioridad Netanyahu se ha retractado parcialmente de estas declaraciones, pero, como en el caso de la conspiración judía, la idea de conectar a los palestinos con el Holocausto resulta demasiado golosa para algunos.

Sin embargo, para mentir no es necesario caer en el bulo. Se puede mentir diciendo solo una parte de la verdad. Se destaca una pequeña parte de la verdad, se la ilumina, se la descontextualiza, se la carga de notas sentimentales... y ya tenemos esa pequeña parte de la verdad convertida en una descomunal mentira.

En los noticiarios existe una presuposición básica: aquello que se muestra es lo más importante de cuanto sucedió el día anterior. A menudo, lo que nos cuenta el noticiario es mentira porque transgrede esa presuposición: la noticia ocurrió, pero no es verdad que fuera más importante que otras que también ocurrieron y que no figuran en el noticiario. Un ejemplo: cuando una infracción de los derechos humanos relativamente leve en Cuba ocupaba muchísima atención, el horrendo genocidio de Guatemala (1981-1983) no ocupó casi ninguna. No se negaba ni se ocultaba, pero no se le daba importancia.

Mientras el mal periodismo utiliza verdades para mentir, la buena literatura nos muestra la verdad utilizando historias inventadas. No hay verdad más intensa que la expresada en el *Quijote*; ni hay mentira más flagrante que los sucesos reales de los tabloides.

En este sentido, las noticias falsas de Facebook son solo un pasito más: de mentir con verdades se pasa a mentir directamente con mentiras.

El buen bulo político triunfa porque



NICOLÁS AZNÁREZ

Hitler sabía que los ‘Protocolos’ eran falsos, pero los citó y propagó incansablemente

Habiendo rechazado el juicio de los entendidos, el mundo moderno aplica al arte criterios competitivos

tiene las cualidades necesarias para triunfar, convirtiéndose en lo que Richard Dawkins llamó meme. El meme, que se autorreplica y se comporta de manera similar a un gen, prende en los seres humanos un poco como los parásitos prenden en nuestra piel.

Se le puede preguntar a un lector del horóscopo si cree en él, y nos dirá que ni cree ni deja de creer: lo lee porque le hace gracia, sin plantearse si alguien ha tenido siquiera en cuenta la posición de los astros para escribirlo.

En todos los ejemplos mencionados observamos que la verdad posee un estatus devaluado. Como en este magnifi-

co chiste: Muy satisfecho, un viejo le cuenta a otro que ha corrido 100 kilómetros sin detenerse. El amigo le responde: “Eso es mentira”. Y el primero, sin perder un ápice de entusiasmo, le contesta: “Sí, es mentira, pero ¿a que es muchísimo?”.

La gracia del chiste reside en que la falsedad no invalida el razonamiento: pura posverdad.

En la narración literaria, que la historia haya ocurrido o no es indiferente. Su verdad, como veíamos en el *Quijote*, está en otro nivel. Ahora bien, en la época de la posverdad la propia realidad muestra esa misma indiferencia. Todo se mezcla y se confunde. Lo irreal es cada vez más real. Los efectos especiales recrean lo imposible; los dibujos animados cobran una tercera dimensión; la ficción se vuelve ensayística y el ensayo se vuelve ficción. Con Photoshop, la fotografía pierde su carácter testimonial y se convierte en obra plástica. Y la mecánica cuántica nos enseña que la realidad es inconcebible.

Pues si todo ocurre realmente en universos paralelos, entonces no hay por qué adjudicar a la mentira un rango inferior a la realidad. En un universo alternativo, Trump perdió las elecciones porque, tal como denunció de antemano, estaban trucadas. En un universo alternativo, Chávez destinó millones a Podemos; el atentado de Atocha lo cometió ETA; Dios creó el mundo en siete días; y los extraterrestres llevan años rondando el planeta Tierra.

Vivimos en un mundo incomprendible. La economía es incomprendible, con sus crisis de sobreabundancia; el arte es tan incomprendible como la informática y la filosofía. En otro tiempo la letra escrita mostraba claramente la verdad. Ahora podemos aferrarnos a una certeza por mera necesidad; pero la habremos atrapado a ciegas, tanteando en las tinieblas.

La rebelión de la mentira es la última de una serie de rebeliones, la más representativa de las cuales ha tenido lugar en la estimación del arte. Habiendo rechazado el juicio de los entendidos, el mundo moderno necesita aplicar al arte un criterio competitivo. Pero lo único que puede medirse del arte es su éxito cuantitativo. El *youtuber* Rubius siempre tendrá más audiencia que las *Variaciones Goldberg* porque es fácil de entender.

Por lo mismo que Rubius vence a las *Variaciones Goldberg*, la mentira vence a la verdad: porque tiene más éxito; y lo tiene porque está diseñada para tenerlo. La verdad es sosa, pero la mentira fue bien condimentada. “No hay vida en Marte” es un enunciado irremediablemente triste que nunca podrá competir con esta maravilla: “Marte está plagado de monstruos”. En un mundo en que todo se valora por su rendimiento, la mentira supera a la verdad.

Avergonzado, el aficionado a Bach ha aprendido que si quiere caer bien tiene que callarse, y el defensor de la verdad terminará sonrojándose, agachando la cabeza y guardándose la verdad para sí, no vayan a considerarlo un idiota engraido.

Adolfo Muñoz es escritor y traductor.

Aleccionados por decenios de embustes totalitarios y manipulaciones políticas nos enfrentamos ahora al poder de la “posverdad”. Exijamos a las grandes empresas de Internet no que sean árbitros, pero sí que ayuden a luchar contra la mentira

Una pelea justa por la Verdad

TIMOTHY GARTON ASH

En la era de Internet, no hay nada que viaje más deprisa que un tópico lanzado en el momento oportuno. Hoy, ningún discurso está completo si no incluye una referencia a que vivimos en la época de la posverdad. Como si, hasta ayer, hubieran fluido sin cesar de los labios de políticos y periodistas las aguas puras de la verdad. Para no hablar de Joseph Goebbels, Josef Stalin y las grandes mentiras totalitarias diseccionadas por Alexander Solzhenitsyn y George Orwell.

Para calificar el peligro de la nueva situación es más apropiado un adjetivo más modesto: “posfactual”. De hecho, en Alemania acaban de elegir *postfaktisch* como la palabra del año. El aspecto fundamental de la amenaza posfactual contra la democracia es que da la impresión de que unas afirmaciones completamente falsas (el Papa apoya a Donald Trump para que sea presidente, Barack Obama no nació en Estados Unidos), envueltas en relatos conmovedores y constantemente amplificadas en las cámaras de resonancia en la Red, son capaces de influir en una parte importante del electorado. El relato emocional se impone al frío dato, el sentimiento, a la razón. Incluso después de que Obama hiciera público su certificado de nacimiento, el candidato Trump siguió declarando: “Mucha gente tiene la sensación de que no es un certificado como es debido” (cursiva mía). El concepto de *truthiness*, la “verdad alternativa”, inventado con fines satíricos por Stephen Colbert, ha quedado sobrepasado por Trump.

Ahora bien, no debemos caer en la desesperación. Si Orwell y Solzhenitsyn no se rindieron ante Goebbels y Stalin, sería patético que nosotros nos rindiéramos ahora. Existen muchas formas posibles de luchar contra la amenaza posfactual, de convertir 2017 en el año antiposfactual.

En la información política —y en el uso cotidiano de Internet—, la verificación de los hechos siempre tiene un papel destacado. Hace poco, retuiteé un par de fotografías que presuntamente mostraban la Cámara de los Comunes abarrotada para un debate sobre el sueldo de los parlamentarios y casi vacía para otro sobre el horror humanitario de Alepo. En cuestión de minutos, me contestaron varias personas para decirme que era una falsedad escandalosa, y publiqué la corrección en @fromTGA. La destreza necesaria para utilizar Internet, que facilita la posibilidad de contrastar rápida y eficazmente las afirmaciones, debería entrar a formar parte de todos los programas escolares. Y las universidades pueden esforzarse más para que los análisis rigurosos y basados en datos tengan más difusión.

Existen fundaciones filantrópicas que financian el periodismo serio de investigación, y necesitamos que existan muchas más, puesto que parte del problema es la desaparición del modelo de negocio de la mayoría de todos los periódicos. Varias grandes cabeceras periodísticas como *The New York Times*, *Der Spiegel* y *Financial Times* han mantenido su credibilidad en Internet, y otros sitios nuevos de selección y difusión de contenidos la han adquirido de inmediato. Los países que cuentan con servicios audiovisuales públicos como la BBC deben preservarlos. Las empresas tecnológicas pueden y deben buscar, identificar y filtrar las noticias claramente falsas,



EVA VÁZQUEZ

Las universidades pueden esforzarse más para que los análisis rigurosos logren mayor difusión

Debemos tener claras las responsabilidades públicas de Google, Facebook y Twitter

publicadas en masa por máquinas dirigidas desde la Rusia de Putin o de sitios dedicados al *spam* (las granjas de *memes*) que lo hacen sólo para obtener más ingresos publicitarios.

Gracias a las espectaculares posibilidades que ofrece Internet para la adquisición de conocimientos, los ciudadanos tienen más fácil que nunca verificar los hechos en casi todos los campos. El verdadero reto para el oficio periodístico es transmitir esos hechos a quienes han caído presa de los relatos emocionales y populistas y que, tal vez, ni siquiera están especialmente interesados en aprender la aburrida verdad. Cualquiera que descubra có-

mo presentar la realidad de forma accesible e interesante, en periódicos sensacionalistas o en Facebook y YouTube, merecerá un Premio Orwell.

También debemos tener claras las responsabilidades públicas de lo que denomino las superpotencias privadas, Google, Facebook y Twitter, consideradas por muchos espacios públicos de propiedad privada, pero que no se limitan a ser el asfalto de nuestra plaza pública global. El algoritmo que actualiza las noticias en Facebook decide qué informaciones van a ver cientos de millones de personas cada día. Es decir, tiene un poder extraordinario. Las investigaciones realizadas por Filippo Menczer, de la Universidad de Indiana, indican que las noticias falsas tienen tantas probabilidades de hacerse virales como las verdicas, de modo que, si el principal criterio del algoritmo es “lo que les gustaría a tus amigos”, entonces no es una herramienta útil para combatir las mentiras.

Hasta hace poco, los gigantes de Internet han sido reacios a asumir esta responsabilidad. Han preferido presentarse como intermediarios neutrales, dedicados a ofrecer la mejor “experiencia” a su “comunidad”. Por suerte, eso está empezando a cambiar. Cuando 2016 llegaba a su tembloroso fin, Zuckerberg escribió en Facebook que “somos un nuevo tipo de plataforma para el discurso público, y eso significa que tenemos un nuevo tipo de responsabilidad, la de construir un espacio en el que la gente pueda informarse”. Ahora, los usuarios pueden denunciar una noticia que consideren falsa, y, si un organismo de verificación de datos está de acuerdo, se la etiquetará como problemática. Además, Facebook intentará impedir que las noticias falsas se aprovechen para obtener ingresos publicitarios. Como colofón, Zuckerberg añadió unos vagos compromisos de modificar el sagrado algoritmo para descartar las noticias falsas.

¿Pero cómo podemos comprobar el funcionamiento del algoritmo si el acceso a todos los datos sólo lo tiene Facebook? Tenemos que ser capaces de fiscalizar ese poder —como todos los demás poderes— y de pedir cuentas, pero también debemos tener cuidado con lo que pedimos: Zuckerberg tiene razón al decir que no podemos exigir a Facebook que sea un “árbitro de la verdad”, pero sí que sea un socio indispensable en la lucha contra la mentira descarada.

Aleccionados por decenios de mentiras totalitarias, manipulaciones políticas y, ahora, el desafío de la posverdad, seguramente no podemos seguir compartiendo la maravillosa seguridad de John Milton, que, a propósito de la Verdad con mayúscula, escribió: “Que peleen ella y la Mentira; quién ha visto jamás que la Verdad salga mal parada en un combate justo y limpio”. Pero sí podemos seguir esforzándonos para que esa pelea efectivamente sea justa y sea limpia.

Timothy Garton Ash es catedrático de Estudios Europeos en la Universidad de Oxford, donde dirige el proyecto *freespeechdebate.com*, e investigador titular en la Hoover Institution, Stanford University. Su último libro es *Free Speech: Ten Principles for a Connected World*. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.

Antes de pensar que la democracia representativa ya no sirve y que hay que reemplazarla por algo distinto, sería aconsejable intentar que funcionase mejor y adoptase formas y políticas de los países más avanzados

La inaplazable reforma del Parlamento

MIGUEL Á. FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ

Las políticas que aplicamos en España son peores que las de otros países avanzados y esto explica que tengamos muchos problemas que ellos no tienen, o los tienen en menor grado. Por dar algunos ejemplos, otros países presentan tasas de paro más reducidas y de menos precariedad en el trabajo, cuentan con sistemas de planificación de infraestructuras menos despilfarradores de recursos públicos, consiguen que los consumidores estén más protegidos ante las grandes empresas reguladas o han adoptado sistemas de solidaridad más protectores que los nuestros y que, además, no perjudican el crecimiento económico.

Y no es que en España no se conozcan las mejores políticas. El problema es que nuestra forma de diseñar, aprobar, administrar y evaluar las políticas es muy deficiente e impide que se elijan las mejores. Y aunque son muchos los procedimientos que habría que cambiar para conseguir políticas más eficaces y eficientes, es imprescindible cambiar el funcionamiento del Parlamento para que cambien las demás instituciones que participan en la elaboración de las políticas.

A diferencia de otros Parlamentos de países más desarrollados, el español ha funcionado hasta ahora sin llamar a expertos para obtener su opinión, sin apoyo de estudios de los servicios del propio Parlamento, sin poder exigir a los Gobiernos los trabajos preparatorios y, lo que es más importante, sin debatir en profundidad las políticas y sin evaluar las distintas propuestas de los grupos políticos. La Oficina Presupuestaria fue creada hace dos legislaturas, pero no se sabe que haya servido para nada.

En otros Parlamentos las políticas se debaten durante meses en las comisiones correspondientes. El Gobierno está obligado a facilitar los análisis de costes y beneficios de sus propuestas y los posibles efectos perversos de las mismas. Los servicios de esos Parlamentos preparan dossiers sobre cómo otros países resuelven esos problemas y las Oficinas Presupuestarias informan sobre las repercusiones en los ingresos y gastos públicos. Además se llama a distintos especialistas y se discuten las alternativas y los detalles de las diferentes políticas. Aquí las comisiones suelen despachar las leyes en unas pocas horas. El procedimiento es democrático, porque se vota y se aprueba lo que decide la mayoría, pero no es un procedimiento ilustrado. Tenemos una democracia, pero no es una democracia ilustrada.

Durante los últimos 40 años, y a pesar de este peculiar Parlamento, España ha avanzado mucho en algunas reformas, sin duda más que otros países del sur de Europa, pero todavía estamos lejos de como se elaboran las políticas en otros países avanzados. Y este problema no se resuelve cambiando las formaciones políticas que forman el Gobierno, porque hay políticas de izquierdas ineficaces e ineficientes pero también hay políticas de derechas que no consiguen sus objetivos o lo hacen con costes innecesarios.

Además de este problema de falta de calidad que podríamos denominar "técnico", el hecho de tener un Parlamento como el nuestro, que pasa directamente a votar sin realizar estudios previos ni debates sobre reformas concretas, tiene otro



RAQUEL MARÍN

Si las políticas no se discuten en el Parlamento, los ciudadanos no tienen elementos para juzgarlas

España no se diferencia mucho de otros países en la utilización populista en los periodos electorales

efecto negativo más político y quizá más importante, el de no servir de contrapeso al populismo, tanto al de derechas como al de izquierdas.

En efecto, si no se analizan ni discuten las políticas en el Parlamento, los ciudadanos no tienen elementos para juzgarlas. Unos ciudadanos ignorantes son el mejor caldo de cultivo para el populismo. Si los mismos políticos no confrontan en el Congreso las distintas políticas, no podemos extrañarnos de que otros responsables apenas ayuden en la tarea de elegir las mejores políticas. Los medios de comunicación españoles hablan mucho de política pero rara vez analizan las políticas, a

los tertulianos tampoco les interesa y, con alguna excepción, no contamos con *think tanks* similares a los de otros países. Unos debates ilustrados en el Parlamento obligarían a los medios a informar sobre los mismos y ayudarían a cambiar los electores, lo que es trascendental para avanzar en las reformas porque, en democracia, los políticos no se pueden separar mucho de lo que piensan los electores.

¿Qué ha cambiado en la presente legislatura? Para satisfacción de muchos, el nuevo Parlamento ha comenzado sus trabajos con consensos más amplios sobre algunas políticas. Pero, lamentablemente, los procedimientos no han cambiado. El salario mínimo ha aumentado pero sin que se haya debatido. ¿Si es tan bueno subir el salario mínimo, por qué no se sube más? ¿Por qué no se resuelven los problemas de los ingresos más bajos con otras instituciones como los complementos salariales, como hacen otros países? ¿Por qué no se experimentan las nuevas medidas con programas piloto, como acaba de aprobar un país nórdico? En este periodo se han aprobado otras normas sin estudios que las justifiquen y sin haberlas sometido a un examen sosegado en el que se evalúen diferentes alternativas. Y, como en el pasado, se siguen utilizando los decretos leyes sin ninguna justificación.

Si el Parlamento sigue sin analizar en profundidad las políticas concretas, los populismos aumentarán aún más su peso en nuestra política. La fragmentación actual de la Cámara, que podría ser útil para comparar las diferentes alternativas, solo servirá para reforzar aún más el carácter de espectáculo de torneos que proporcionan los plenos. Al día siguiente la prensa solo puede dar cuenta de quién fue el ganador de un combate fundamentalmente emocional.

España no se diferencia mucho de otros países en la utilización del populismo en los periodos electorales. No es mayor el populismo en las elecciones españolas que el que hemos visto recientemente en el *Brexit* o en la elección de Trump. Lo peculiar nuestro es que, después de las elecciones, al no estar obligados a seguir un procedimiento de debates ilustrados en el Parlamento, este se convierte en España en una pura continuación del populismo electoral.

El Parlamento que ha surgido de las últimas elecciones no debe solo cambiar las políticas sino, antes que nada, cambiar la forma de hacer las políticas. Y la razón por la que la reforma del Parlamento es la más importante de todas es que es el corazón de la democracia y, aunque no es el único, es el lugar clave para decidir las políticas. Antes de pensar que la democracia representativa ya no sirve y que hay que reemplazarla por algo distinto, sería aconsejable intentar que funcionase mejor, o sea, que funcionase como en los países más avanzados. Con ello a lo mejor acabamos adoptando reformas que nos permitan tener sus moderadas tasas de paro, su menor despilfarro de recursos públicos, su mayor productividad y su mayor igualdad de oportunidades.

Miguel Á. Fernández Ordóñez fue gobernador del Banco de España y es autor del libro *Economistas, políticos y otros animales*.

En sociedades grandes y complejas, con intereses heterogéneos, la única democracia posible es la representativa; el vínculo directo entre gobernantes y “pueblo” no es democrático. Los representantes deben dar siempre cuenta de sus decisiones

Populismos y representación

JOSÉ MARÍA MARAVALL

Por “populismo” me refiero, por un lado, a la representación política que algunos partidos, de izquierda y de derecha, se atribuyen; por otro lado, a las políticas que prometen. Declaran representar al “pueblo” —un conjunto heterogéneo pero todo él sometido a una “casta”—. En lo que respecta a las políticas que proponen, no atienden nunca a sus consecuencias. Tampoco a los medios para atenderlas: todo depende de una “voluntad política” para la que supuestamente no existen restricciones.

Sus orígenes se encuentran en el movimiento de los *naródniki*, revolucionarios de clase media y media-alta que pretendieron movilizar al campesinado ruso en las décadas de 1860 y 1870. Estrategias parecidas han sido utilizadas con frecuencia. Marx analizó magistralmente un movimiento populista: el golpe de Estado de Luis Bonaparte en Francia: “Un personaje mediocre y grotesco” convertido en un salvador del pueblo. Los teóricos italianos de fines del siglo XIX y comienzos del XX, precursores del fascismo, utilizaron la división casta/pueblo para ir progresivamente derivando hacia una teoría del “caudillaje” —un *duce* que enlazaba directamente con el pueblo, por encima de un sistema y unas élites corruptas. El “caudillaje” y el populismo han sido frecuentes en la política latinoamericana, un ejemplo siendo hoy día Nicolás Maduro. También en Estados Unidos, sobre todo entre 1890 y 1930, ahora Donald Trump constituye un caso extraordinario de populismo por su ataque al “sistema”, al *establishment*, y por unas políticas basadas en la xenofobia, el racismo y el proteccionismo.

Hoy día los populismos, tanto por lo que dicen representar como por las políticas que ofrecen, se han multiplicado. Ha sucedido en la Europa de las democracias tradicionales y “virtuosas”: en la Finlandia de los Verdaderos Finlandeses, en la Dinamarca del Partido Popular Danés (PPD), en la Holanda del Partido por la Libertad (VVD), en la Francia del Frente Nacional de Marine Le Pen, en la Inglaterra del triunfo del *Brexit*. Es también lo que alimenta el discurso dicotómico de “casta” y “pueblo” en la Italia de Beppe Grillo y el Movimento 5 Estrellas, así como en la España de Podemos —donde Pablo Iglesias ha declarado, por ejemplo, que él es como Donald Trump sólo que de izquierdas, después de haber afirmado que la diferencia entre izquierda y derecha había desaparecido—.

El populismo es difícilmente compatible con la democracia. Los representantes elegidos son presentados como miembros más de “la casta”. El vínculo directo entre gobernantes y “pueblo” se ejercita mediante plebiscitos y referendos —un instrumento político manipulable donde los haya—. Los organismos intermedios interfieren en ese vínculo —los Parlamentos, los congresos de los partidos, los órganos judiciales y los medios de comunicación independientes—. En sus dos primeras semanas de mandato, Trump ha subvertido a jueces y medios de información contraponiéndoles al “pueblo” y dirigiéndose directamente a los ciudadanos. Se ignora lo que sabemos desde hace más de dos siglos, que en sociedades grandes y complejas, con intereses muy heterogéneos, la única democracia posible es la democracia representativa, con pesos y contrapesos entre los diferentes po-



EDUARDO ESTRADA

La singularidad de las políticas socialdemócratas está muy desgastada en Europa

El Estado de bienestar no puede ser un instrumento para financiar a grupos con ingresos altos

deres, y que la “democracia directa” se opone a cualquier contenido deliberativo de la democracia. Que los mandatos imperativos y la revocación inmediata de los representantes y de los gobernantes son contrarios a los intereses de los ciudadanos: las condiciones iniciales suelen cambiar y no ajustar las políticas puede ser nefasto. Que, por todo ello, los representantes deben siempre dar cuenta de sus decisiones, de cualquier cambio en sus promesas, y someterse al veredicto de los ciudadanos en las elecciones. El ataque a la democracia representativa, acompañado del populismo, es una amenaza real a las libertades.

El miedo es la base política de los populismos. La globalización puede generar ese miedo en el seno de los sectores más vulnerables a una internacionalización de las economías. Por eso los populistas les ofrecen levantar barreras proteccionistas —to-

do lo que Fernando Henrique Cardoso ha calificado como “utopías regresivas”—. Volver a levantar los muros que mantuvieron en el subdesarrollo a los países pobres, impidiendo sus exportaciones competitivas. A lo largo de muchos años, suprimir esas barreras fue un objetivo de la socialdemocracia. No puede apartarse de ese camino, lo cual no significa aceptar una desregulación de los mercados de productos y de capital que se imponga a la política democrática. Mediante los Estados de bienestar se han protegido a los sectores dañados por esa globalización creciente. Ha existido una asociación muy fuerte, con evidencia abrumadora, entre gasto social e internacionalización de las economías.

Pero el diseño del Estado de bienestar tiene hoy que ser reformulado: no puede pasar a ser un instrumento para financiar el consumo de los grupos de ingresos altos; se tiene que definir mejor qué se entiende por “igualdad”, cómo eliminar discriminaciones sociales, cómo erradicar la “necesidad”, cómo generar oportunidades que eviten trampas sociales de las que no es posible salirse. Es necesario clarificar prioridades. Y la distribución no puede bloquear el crecimiento del bienestar de todos.

Los socialdemócratas tienen muchos deberes por hacer. Se habla mucho de “la crisis de la socialdemocracia” —hoy existen razones para ello—. Si atendemos a las 17 democracias más asentadas de Europa, entre las últimas elecciones celebradas antes del inicio de la crisis en 2008 y las últimas (en 2015 o 2016) el promedio del voto de los partidos socialdemócratas ha caído de un 28,2% del voto a un 21,9%, más de seis puntos, mientras que el de los partidos de la derecha ha pasado de 31,3% a 27,1%, es decir, más de cuatro —en buena parte afectados por el auge de un populismo xenófobo y reaccionario—. Las diferencias nacionales son relevantes: en la izquierda, frente a la pérdida de un 85,6% de sus votantes por el Pasok en Grecia, una subida de un 17% del PvdA en Holanda; en la derecha, una caída del 53,8% en el caso del Popolo della Libertá en Italia, frente a un aumento del 90,1% del voto de Høyre, el partido conservador en Noruega. A veces han caído conjuntamente los principales partidos de izquierda y derecha (en Grecia el voto conjunto bajó de 76,6% a 34,4%; en Italia, de 84,3% a 47%; en España, de 83,4% a 55,6%). Y excepcionalmente subieron ambos, como en Alemania (de 56,8% a 67,2%).

Europa es el reino de las coaliciones y los socialdemócratas están en el Gobierno de nueve de esos 17 países —en seis lo presiden—. Otra cosa es lo que hacen en el Gobierno: la singularidad de sus políticas está muy desgastada y les resulta imprescindible replantearse las como hicieron tras 1945 y en los años sesenta. Guiados por la igualdad, que representa su permanente señal de identidad, y dando prioridad a su negación extrema: la pobreza y la necesidad que viven los sectores más castigados por la desigualdad, tal vez el mayor coste social de la crisis. De forma que también ayude ese replanteamiento a frenar la política del miedo —y el voto de muchos trabajadores a partidos proteccionistas y reaccionarios—.

José María Maravall, sociólogo y político, fue ministro de Educación y Ciencia entre 1982 y 1988 en Gobiernos de Felipe González.

La democracia liberal se asienta en el reconocimiento de que la verdad suele ser elusiva y provisional. Hoy, para evitar confusiones, es necesario subrayar el papel central de la verdad factual

Genealogía de la posverdad

MANUEL ARIAS MALDONADO

Nadie ha expresado mejor el sentido de la posverdad que el caricaturista David Sipress, quien en una viñeta publicada en *The New Yorker* muestra a un presentador de informativos diciendo que tras el anuncio meteorológico demócrata da paso al pronóstico republicano. ¡Meteorología e ideología! De esta escena hilarante parece deducirse que el sentido de la posverdad está en su sinsentido. Sin embargo, las cosas quizá no sean tan sencillas. Por eso, y a la vista de su capacidad para erosionar el debate público, conviene tomarse el fenómeno en serio. Bien podemos empezar por indagar en sus causas, ensayando una genealogía de la posverdad que nos ayude a comprenderla.

Antes, no obstante, conviene precisar el sentido de los términos en juego. Si el posfactualismo designa la pérdida del valor persuasivo de los hechos en el debate público, de manera que estos ya no serían determinantes para la configuración de las creencias privadas, la posverdad nos indica que la propia noción de verdad, y más concretamente de verdad pública, habría dejado de tener sentido. La mejor síntesis de ambos postulados se la debemos a Kelly Conway, consejera del presidente Donald Trump, quien adujo “hechos alternativos” para justificar la afirmación de que la investidura de este último había congregado a más público que la de Obama cuatro años antes.

Por supuesto, es razonable preguntarse si esto que llamamos posverdad no alude al viejo arte político de la disimulación, vestido ahora con nuevos ropajes. ¿Acaso no dejó escrito Maquiavelo que el príncipe que engaña encontrará siempre quien se deje engañar? Sin duda. Pero se diría que nuestra época ha añadido acentos nuevos a esta vieja práctica: no siendo la posverdad una novedad radical, tampoco es la mentira de siempre. Sigue una somera exposición de sus fundamentos.

Filosofía. No sería exagerado afirmar que la pregunta por la verdad es la pregunta central de la filosofía, aunque solo sea porque de ella depende el valor de lo que la propia filosofía pueda decir. Es por ello también la pregunta más difícil y no son pocos los pensadores que han claudicado ante ella. Pilatos ya expresó burlonamente ante Jesús de Nazaret un doble escepticismo: ante la existencia de la verdad y ante la posibilidad de llegar a ella. La causa no sería otra que la presentada por Hobbes, a saber: la radical duplicidad del lenguaje. Este puede hacer que “lo bueno y lo malo, lo útil y lo inútil, lo honorable y lo deshonesto, aparezcan como mayores o menores de lo que verdaderamente son, y hacer que lo injusto parezca justo, según convenga al propósito de quien habla”. Pero habrá que esperar al siglo XX para que la problematización filosófica de la verdad termine por hacérsela inaccesible. Foucault, Rorty, Vattimo: todos ellos ponen de manifiesto que la verdad depende casi siempre del punto de vista de quien la formula y deriva de un proceso de construcción —o imposición— social más que de su correspondencia con una realidad exterior al ser humano. No es menor aquí la influencia del último Wittgenstein, quien con sus tesis sobre la ligazón ontológica entre lenguaje y formas de vida parece anti-



NICOLÁS AZNÁREZ

La genuina novedad de este momento es la digitalización de la conversación pública

El “ego totalitario” rechaza la información que desajusta su organización cognitiva

cipar las cámaras de resonancia de las comunidades digitales.

Afectividad. Quien haya visto *The People vs. O. J. Simpson*, la excelente serie televisiva sobre el juicio a la estrella negra de fútbol americano por el asesinato de su esposa, habrá comprendido la medida en que nuestra percepción de los hechos está mediada por las emociones: pese a los abrumadores indicios de culpabilidad, los miembros negros del jurado creyeron inocente a Simpson. Este es quizá el hallazgo central del estudio contemporáneo de la relación entre la racionalidad y afectividad humanas. Nuestra mirada sobre el mundo está teñida de afectos;

es una cognición “caliente”, un razonamiento motivado que solo podemos enfriar mediante un costoso ejercicio de deliberación interior. Y por lo general, nuestro “ego totalitario”, como lo llama Anthony Greenwald, rechaza la información que desajusta su organización cognitiva: preferimos creer aquello que ya veníamos creyendo. Súmese a ello el tribalismo moral que, por razones evolutivas, nos impele a buscar cobijo en el grupo propio y sus verdades, rechazando de plano las ofertas de sentido rivales. Resulta de aquí que el contenido de nuestras creencias importará menos que los sentimientos que experimentamos abrazándolas: la verdad no es más que un coste que no deseamos pagar.

Tecnología. Cuando hablamos de posverdad, nos referimos sobre todo al proceso de búsqueda de la verdad en la esfera pública y a su impacto sobre las creencias privadas de los ciudadanos. Es aquí donde reside la genuina novedad sin la que no cabe explicar el auge de la posverdad: la digitalización de la conversación pública. Se ha dicho que las redes aíslan a los individuos en silos donde solo se comunican con quienes ya piensan como ellos, compartiendo noticias que ratifiquen sus creencias; en el interior de esas comunidades digitales, además, nos sentimos empujados al acuerdo. Cass Sunstein lo tiene claro: “Las redes sociales pueden operar como máquinas polarizadoras, porque ayudan a confirmar y por tanto amplificar los puntos de vista preexistentes”. Habríamos pasado así de los grandes medios moderadores a una fragmentación caótica. *Fake news*, rumores, teorías conspirativas: flores venenosas de la primavera digital. Pero a ello han contribuido también los medios tradicionales, ya sea por echar mano del tremendismo o por incurrir en un exceso de neutralidad. El resultado es la libre circulación del *bullshit*, que Harry Frankfurt definió como una retórica persuasiva que se desentiende de la verdad.

¡Todo resuelto! O más bien no. Porque la democracia liberal no se asienta sobre la idea de que exista una verdad indisputable que podamos fijar tras un infalible proceso de deliberación pública, sino sobre el reconocimiento de que la verdad suele ser elusiva y provisional. Las democracias son escépticas, aunque al tiempo confíen en su probada capacidad para acumular conocimiento histórico y científico. Así las cosas, la única solución es distinguir entre diferentes tipos de verdad, subrayando como hace Arendt el papel central de la verdad factual. Sin esta, el debate sobre las verdades morales carecería de anclaje; por eso urge encontrar medios para protegerla. Pero atención: aunque estas últimas no pueden desentenderse de los hechos, ellas mismas son menos descubiertas objetivamente que construidas intersubjetivamente. No podemos determinar cuánta desigualdad es socialmente aceptable sin tener en la mano los datos sobre la desigualdad, por ejemplo, pero los puros datos no nos darán una respuesta. Y para eso, precisamente, sirve la democracia.

Manuel Arias Maldonado es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad de Málaga.

La eliminación de toda crítica bien fundamentada es un objetivo prioritario del nuevo populismo en su propósito último de liquidar nuestro sistema de valores y sustituir la democracia liberal por su ideología de revancha y odio

Amenazas a la libertad de prensa

ANTONIO CAÑO

La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca ha supuesto la confirmación más rotunda del éxito de la demagogia, el nacionalismo y las ideologías de odio que en los últimos años han proliferado en distintas partes del mundo. Es muy posible que la corriente no se detenga ahí. En varios países de Europa se va a poner a prueba muy pronto la fortaleza del actual sistema de democracia liberal frente a la acometida de proyectos igualmente extremistas, xenófobos y populistas.

El crecimiento de ese fenómeno ha coincidido casi simultáneamente en el tiempo con la crisis de los periódicos provocada por la revolución tecnológica. Esto no significa que los cambios políticos ocurridos en los últimos años se expliquen exclusivamente por la pérdida de influencia de los diarios impresos y la aparición de medios de comunicación alternativos. Pero sí parece evidente que una cosa y otra están estrechamente vinculadas, y que los periódicos estamos hoy obligados a hacer nuestro trabajo con menos recursos y en un entorno político que representa una seria amenaza a la libertad de expresión y muy particularmente a la libertad de prensa.

Una de las características de ese nuevo populismo en ascenso es su hostilidad con la prensa, especialmente con la prensa profesional. Con el pretexto de la presunta comunión entre los medios más implantados y un perverso *establishment*, los políticos que se presentan en defensa del pueblo, de la gente, de los de abajo frente a los de arriba, intentan antes que nada laminar la credibilidad de los periódicos con el objetivo de eliminar obstáculos en su camino y dejar espacio a otros medios —confidenciales, cuentas de redes sociales, blogs— que ellos controlen y con los que puedan acceder sin intermediarios a su público, a sus votantes.

Esta estrategia se ha hecho brutalmente obvia en Estados Unidos. En una reciente conferencia en Madrid, el director de *The Washington Post*, Martin Baron, detalló la lista de improperios que Trump había vertido en los últimos meses contra los medios de comunicación, de forma más sistemática contra el suyo propio y *The New York Times*: “Asquerosos”, “escoria”, “la forma más baja de vida”, “enemigos”, “basura”. Ha habido más desde que nuestro colega pronunció su discurso.

No han sido muy diferentes los términos en que los líderes de un partido en España se han referido a la prensa y a EL PAÍS en particular. Entre decenas de calumnias e insidias que evito enumerar para no ayudar a su difusión —la repetición de falsedades hasta convertirlas en verdad es una táctica clásica—, voy a mencionar únicamente la campaña en Twitter contra este periódico bajo el *hashtag* “Máquina de Fango” en noviembre pasado en respuesta a las informaciones sobre un discutido episodio de venta de una vivienda pública.

El propósito en todos los casos es evidente: destruido el prestigio y la credibilidad de los medios principales, nada de lo que ellos critiquen tendrá impacto entre mis seguidores. Le ha funcionado a Trump, que consiguió sobrevivir al escándalo de sus agresiones sexuales a las mujeres y que ha evitado hasta ahora presentar la declaración de impuestos que la prensa le ha reclamado. Y le ha funcionado a otros, que han podido despreciar sin aclarar las sos-



NICOLÁS AZNÁREZ

Nunca debemos olvidar el decisivo papel de vigilancia de los periódicos en una sociedad democrática

pechas sobre sus fuentes de financiación.

Hay muchos casos similares en otros países con diferente orientación ideológica —la Polonia de Kaczynski, la Argentina de Kirchner, la Italia de Berlusconi son algunos de ellos—, todos con los mismos componentes: políticos pretendidamente antisistema, medios de comunicación tradicionales y medios de fácil creación en Internet que sirven para difundir la propaganda, las fantasías o, llegado el caso, las mentiras de quien se quiere ofrecer como alternativa al decadente sistema en vigor.

Esto ha sido posible, en parte, por los

errores de los propios periódicos. Baron citó que solo un 32% de los ciudadanos norteamericanos conceden credibilidad a la prensa de su país, lo que supone una caída de 25 puntos desde 1999. La situación en España es solo ligeramente mejor. En el informe de 2015 del CIS sobre esta materia, los españoles otorgaban a los medios de comunicación una valoración de 4,28 puntos sobre diez. Un 15% de la población no confía nunca o casi nunca en los medios, frente a un 2,5% que confía siempre o casi siempre.

Se podría decir que el desprestigio que el moderno populismo trata de causar a los periódicos solo viene a contribuir al descrédito que los periódicos se han venido labrando por sí mismos en los últimos años. Su excesiva cercanía al poder, su distancia con los lectores, su endogamia y arrogancia impidieron a veces que los diarios hiciéramos una adecuada interpreta-

ción de los hechos. En nuestra ceguera, incluso despreciamos durante bastantes años la avalancha digital que se nos venía encima y que acabaría por poner en duda nuestra existencia.

Ese desafío, la transformación a un mundo digital, nos ofrece gigantescas posibilidades de cara al futuro. Pero también, en el presente, nos ha hecho mucho más vulnerables —no solo frente a los demagogos que tratan de anularnos, sino también frente a otros actores políticos o económicos que tratan de controlarnos—, precisamente en el momento en que una prensa independiente y fuerte es más necesaria que nunca.

No me importa insistir en los errores que los periódicos hemos cometido y cometemos cada día. Exageraciones, inexactitudes, frivolidades, omisiones, descuidos... están a la orden del día en una profesión que, además, ahora se ve obligada a trabajar en peores condiciones laborales. Pero todos los defectos imaginables no son suficientes para olvidar la decisiva función de vigilancia que los periódicos cumplen en una sociedad democrática. Sin ellos, simplemente estaríamos a merced de los embusteros y los manipuladores.

En ocasiones, se pretende arruinar el crédito de los periódicos situándolos con desprecio en un rincón de la historia. Se trata de presentar la realidad como una lucha entre las ideas del pasado, representadas por los periódicos tradicionales, y las nuevas ideas que transportan los nuevos medios digitales. No es así. Lo cierto es que tanto *The Washington Post* como EL PAÍS son también los principales periódicos digitales en sus respectivos mercados, y que la verdadera batalla no es tecnológica sino profesional, no es entre papel y web sino entre quienes cumplen las reglas del periodismo auténtico y quienes las violan sistemáticamente.

Se habla mucho en estos tiempos de las *fake news*, de la posverdad. Las principales redes sociales se precipitan a tomar medidas para responder a esa amenaza, conscientes de que la desaparición del valor de la verdad significa simplemente la desaparición de todos los valores que nos permiten convivir.

En la preservación de esos valores los periódicos ocupan un papel determinante. Los periódicos tienen orientación ideológica, por supuesto. Defienden unas ideas frente a otras y son el reflejo de un determinado modelo de sociedad frente a otros. Ese es el juego de la pluralidad. Pero los intereses de los periódicos están limitados al suministro de información veraz a sus lectores, y su actuación está claramente marcada por un código ético que deben respetar. No debería leerse esto como simple retórica en una época en la que, sencillamente, está en juego la democracia tal como hoy la conocemos.

Donald Trump y sus imitadores en otros países no son una pesadilla de la que nos despertaremos pronto para encontrarnos en el mismo punto en el que estábamos. Esta ola de populismo y ultranacionalismo pretende transformar radicalmente el sistema político bajo el que vivimos. Si puede, se llevará por delante la libertad de prensa. Por esa razón, la libertad de prensa, los periódicos saludables, rigurosos y libres, son el mejor dique que le podemos ofrecer.